2080

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

CERVANTINA

Fantasía quijotesca en un acto y tres cuadros, en verso

POR

JOSÉ MARÍA OVEJERO DE LOS COBOS

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

19

CERVANTINA

Fantasia quijotesca en un acto y tres cuadros, en verso

Y ARREGLADA A LA ESCENA

POR

JOSE M. OVEJERO DE LOS COBOS

Representada por primera vez en el TEATRO DE CALDERON, en casa de los Marqueses de Reinosa, el día 5 de Junio de 1892.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
DUQUESA.....	Srta.	María Josefa Vallarino.
DUEÑA.....	»	Almudena Ovejero.
ALTISIDORA.....	»	Mercedes Vallarino.
EMERENCIA.....	»	María Rosa Ovejero.
DAMA.....	»	María Teresa Garralda.
DON QUIJOTE.....	Don	Gabriel Villapadierna.
SANCHO PANZA.....	»	Rafael Escosura.
DUQUE.....	»	Fernando Garralda.
ECLESIÁSTICO.....	»	José Garralda.
PAJE.....	»	Alberto Ovejero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS EXCMOS. SEÑORES

MARQUESES DE REINOSA

¡En el pasado nuestra amistad, Fernanda, recuerda juegos infantiles; estudios asíduos; padres inolvidables...!

En el presente, aumenta con el concurso de Milagro y del Marqués.

En lo futuro, promete ser continuada por nuestros hijos, que hicieron juntos esta comedia, que á ustedes dedica — con el permiso de Cervantes.—

José María Ovejero.

672646

Á LOS INFANTILES ACTORES

QUE REPRESENTARON ESTA FANTASÍA

Aunque entre vosotros hay tres hijos míos, debo decir, con el público, que hicísteis tan bien vuestros papeles, que el gran Cervantes debió regocijarse en el Parnaso, al ver que, niños como sois, interpretábais á maravilla los prodigiosos tipos que dibujó su pluma.

Por encargo suyo, os felicito á todos en esta página, y os diré un secreto, que guardaréis, seguramente. Porque lo habéis representado vosotros, perdonó tamaño desacato el Príncipe de los Ingenios á vuestro admirador,

José María Ovejero.

ACTO ÚNICO

Comedor en casa de los Duques, mesa lujosamente servida, para cuatro cubiertos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

SANCHO, DUEÑA, y un PAJE, acabando de arreglar la mesa.

DUEÑA. Vaya, que tiene donáire
de su merced el oficio.
Mala vida me parece
que leváis.
SANCHO. ¡Creo lo mismo!
Siempre buscando aventuras
por revueltas y caminos;
recibiendo cintarazos
y mandobles. Poco vino;
agua abundante, sol mucho;
ventas que dicen castillos;
princesas que son rufianas;
gigantes que son molinos;
ínsulas que nunca veo;
palos que siempre recibo,
y de este modo, mi Dueña,
hace ya tiempo que vivo,

de mi señor don Quijote
siguiendo el ingrato oficio.
Pero nunca fué mal año
el que trajo mucho trigo;
y donde las dan las toman;
y de tal padre, tal hijo;
quien destaja no baraja;
y holgárame yo en decillo
como en hacello si hubiera
un gobierno, ó beneficio,
ó prebenda ó canongía
después de tantos peligros.

PAJE. (Parece, doña Rodríguez,
que éste tiene los tornillos
tan flojos como su amo...)

DUEÑA. ¡Calle el Paje!

PAJE. ¡Callo y sigo!

SANCHO. ¡Cuitado y necio de mí!

DUEÑA. ¿Qué le sucede?

SANCHO. ¡Dios mío!
¡Doña González!

DUEÑA. ¡Hay tal!
Doña Rodríguez, he dicho,
de Grijalba, ¡así me llamo
por la gracia del bautismo!

SANCHO. Pues sepa vuesa merced,
que en la puerta del castillo
en el mayor abandono
ha dejado al pobrecito.

DUEÑA. ¿Quién es él? ¿El escudero
lleva de paje algún hijo?

SANCHO. ¡Mucho más! es mi jumento.
¡Mi rucio! Y era preciso
que se sirva su merced
conducirle con cariño
á alguna caballeriza,
darle pienso y darle abrigo.

DUEÑA. Vaya, noramala, hermano.
Los dueños de este castillo
en quehaceres tan humildes
ni á los señores servimos.

PAJE. ¡El escudero se explica!

¡La Dueña es un basilisco!

SANCHO. Pues mi amo, que es zahorí,
cuando de Bretaña vino
Lanzarote, diz que fué
solicitado, el oficio,
que damas curaban del
y *dueñas de su rocino.*

DUEÑA. Si sois juglar, id con Dios;
vuestras gracias no me explico,
y no os valdrán una higa,
al menos para conmigo.

SANCHO. Á fé que será mádura
viniendo de vos.

DUEÑA. ¡Ladino!

SANCHO. La quínola de sus años
no creo se haya perdido
por punto de más. ¡La Dueña!

PAJE. ¡El escudero!

DUEÑA. ¡Enemigo!

ESCENA II

DICHOS, EL DUQUE, LA DUQUESA y DON QUIJOTE

DUQ. ¿Con quién se las há la Dueña
que desde fuera sus gritos
oí?

DUEÑA. Con este bellaco.

DUQ. ¿Al escudero más fino
llamáis tal?

DUEÑA. Y poco fué.

D. QUIJ. Sancho, ¿qué es lo que he oído?

SANCHO. Pues pedíle alojamiento
para mi pobre pollino;
díjele que le dejara
á buen recaudo y abrigo,
y enojóse de manera,
que me ha llamado ladino.

DUEÑA. ¡Me llamó vieja!

SANCHO. ¿Mentí?

DUQ. Háis de saber, Sancho amigo,
que es moza doña Rodríguez,
y si con tocas la visto,
es por servir á la usanza,
no por los años.
D. QUIJ. Te digo,
Sancho, por postrera vez,
que esas pláticas no admito
en un lugar como éste.
¿Dónde oíste, fementido,
hablar á una dueña así?
¿En qué tierras y en qué libros
viste de la cortesía
agravio tal? Es un vicio
hablar de años á mujeres;
que propio de mal nacidos
y malandrines, follones,
será, pero que, repito,
no está bien en escuderos,
y menos en estos sitios.
Señora, la vuestra alteza,
dé el perdón á ese atrevido.
DUQ. Acabóse el discreteo,
y quede Sancho tranquilo,
que se cuidará á su rucio
cual si fuera Sancho mismo.
DUQUE. Venga ya la servidumbre (Desde la puerta.)
y preséntese al prodigio
de caballeros andantes
que hoy alojo en mi castillo.

ESCENA III

DICHOS, ALTISIDORA, EMERENCIA, DAMA y ECLESIÁSTICO

DUQ. Al de la *Triste figura*
desarmad con exquisito
cuidado.
DUQUE. Y los gregüescos
y su jubón amarillo,

no más encima dejalle.

(Las doncellas y el Paje desarman á don Quijote.)

D. Quij. Ahora verás, Sancho hijo,
lo que mil veces te dije
del fausto de estos castillos.

Altis. (Flaco el de Quijana está.)

Emer. (No comió mucho tocino.)

Duq. Y esa camisa de Holanda
pondréisle.

D. Quij. ¡No, en este sitio!
¡Que no está bien al pudor!
Denle á Sancho esos avíos.

(Sancho toma la bandeja que trae la dama, en la que hay un manto de escarlata y una montera de raso verde, y salen por la derecha del actor, formando fila para que pasen.)

ESCENA IV

DICHOS, menos DON QUIJOTE y SANCHO

Ecles. Es mentecato el señor
y socarrón el criado...
y la burla, señor Duque,
no es de espíritus cristianos.

Duque. Padre, perdónenos Dios;
que en estas burlas no hay daño.

Emer. Tenemos de Dulcinea
ya dispuesto el desencanto,
y va á ser un gran contento
para el ingenioso hidalgo...

Altis. Pero no, según parece,
lo será para el criado.

Dueña. A ese lenguaráz, no importa
que le castiguen por zafio.

Paje. ¡Cómo la escuece á la Dueña
que le recuerden los años!

Dueña. ¡También el Paje! ¡Señora!

Duq. ¡Calle el Paje!

Paje. ¡Oigo y callo!

Emer. Me propone Altisidora

á don Quijote, el gallardo,
fingir querellas de amores
y con trovas requebrarlo...

DUEÑA. Mal los requiebros le cuadran
siendo tan feo y tan flaco.

DUQ. Si las bromas son corteses,
seguidlas, y á solazarnos
con ellas...

DUQUE. Quizás así
se cure el famoso hidalgo.

ALTIS. ¡Ya vienen!

DUEÑA. Vóime, Señora,
que he de rezar el rosario.

DUQ. Y olvídese de los dimes
con que la inquietara Sancho.

DUEÑA. Líbreme Dios de su vista
y también de la del amo.

ESCENA V

DON QUIJOTE con manto de escarlata, tahalí con espada y montera de raso verde, SANCHO, EL DUQUE, LA DUQUESA, ECLESIÁSTICO, ALTISIDORA, EMERENCIA y la dama que ha salido y viene con un aguamanos y una toalla que ofrece el Paje. Don Quijote se lava las manos. La mesa la ocupan Don Quijote, los Duques y el Eclesiástico.

DUQUE. ¡Aquí, vos! (Señalando la cabecera.)

D. QUIJ. ¡Descortés fuera!

DUQUE. ¡Sentáos!

D. QUIJ. No puede ser.

DUQUE. Mi huésped ha de tener
de rigor la cabecera.

D. QUIJ. No lo debo consentir.

DUQUE. Lo exige la cortesía,
y á la alta caballería
así quiero distinguir.

D. QUIJ. ¡No, pardiéz!

DUQUE. Vana insistencia.

D. QUIJ. ¡Señor!

DUQUE. ¡Caballero! ¡Acceda!
D. QUIJ. Tal suplicáis, que no queda
otro remedio. (Se sienta.)
(BENDICIÓN.)
SANCHO. ¿Vuecencia,
me da permiso á contar,
un cuento, no, un sucedido
de este jaez, ocurrido
hace años en mi lugar?
DUQ. Dele permiso al buen Panza,
DUQUE. Que lo cuente, don Quijote.
D. QUIJ. Al primer refrán ó mote,
sales de aquí sin tardanza.
(Los Duques y comensales comen; las doncellas y Paje sirven la mesa.)
SANCHO. Un hidalgo de mi pueblo
muy rico y muy principal,
que venía de Medina
del Campo, se iba á casar
con la hija de Marañón,
señor también principal,
del hábito de Santiago,
que por él en el lugar
dicen que hubo una pendencia
que á Tomasillo jamás
ha de olvidársele, pues
era travesillo el tal,
é hijo de Barbastro, herrero ..
y le hirieron, ¡voto á San!...
no sé cómo; pero el caso
es que lo pasara mal
el pobre de Tomasillo...
(A don Quijote.) Mi amo, ¿no digo verdad?
¡No me crean embustero
los señores!
ECLES. ¡Ah! ¡No hay tal!
Yo no os llamaré embustero,
que os tengo por charlatán.
D. QUIJ. Abrevia el cuento, pues llevas
camino de no acabar.
DUQ. Su merced, déjele que hable;
regocijándome está.

SANCHO. El tal hidalgo, decía,
hizo á su mesa sentar
á un labrador que era pobre,
pero honrado. Dèle paz
el Señor, que ya se ha muerto.
ECLES. (Impaciente) Pero no váis á acabar
siguiendo de esa manera.
SANCHO. Pararéme á la mitad...
Hizo una muerte de un ángel...
Yo venía de segar...
de Tembleque.
ECLES. Señor Sancho,
de Tembleque vuelva ya.
SANCHO. Estando para sentarse, (Sin hacer caso.)
pusiéronse á porfiar
sobre si la cabecera
estaba aquí ó estaba allá,
y sobre cuál de los dos
la debería ocupar,
hasta que el hidalgo, mohino,
le puso las manos á
el labrador en la espalda,
obligándole á sentar,
y le dijo: «¡Majagranzas,
hora es de que entiendas ya
que donde quiera que sea;
debíaste imaginar
que el sitio en que yo me siente
la cabecera será!»
D. QUIJ. (Este Sancho maldecido...)
ECLES. (Es astuto el escudero...)
DUQUE. (A la Duquesa.) (Está el pobre caballero
avergonzado y corrido...)
SANCHO. No creo que sin razón
el cuento truje, señora,
apliqueselo en buenhora
quien de él haya aplicación. (Pausa.)
DUQ. Aunque algo indiscreta sea
—que no lo quisiera ser,—
desearía saber
si hay nuevas de Dulcinea.
¿A los muy luengos confines

de su reino, habréis mandado,
en no pequeño recado,
gigantes y malandrines?

D. Quij. Inútil fué la embajada,
que aunque muchos envié,
por mi desventura, sé
que está hace tiempo encantada.

Duq. ¡Qué escucho?

D. Quij. Sí, ¡mi señora!
la que es augusta princesa,
parece hoy, por suerte aviesa,
la más fea labradora.

Duque. Tendréis un pesar profundo.

Sancho. El día que la ví yo,
juro que me pareció
la más hermosa del mundo.
¡Qué ligera en el brincar!
¡A la burra, como un gato
víla saltar!

D. Quij. (Enojado.) ¡Mentecato!
¡Sé respetuoso al hablar!

Duque. ¿Conque á Sancho le es notorio
lo del encanto?

Sancho. Y soy fiel,
pues yo dí primero en el
achaque del encantorio.

Ecles. ¡Mas yo no puedo sufrir
tan indigestas razones
de encantorios y follones!
¡Jesús, qué eterno mentir!
(Al Duque.) ¡Señor, adiviné pronto
por sus sandeces y mote,
que éste ha de ser don Quijote,
ó si se quiere, don Tonto!
Alma de cántaro, ¿estáis
sano? ¿Quién os ha encajado
en el celebro menguado
todo eso que sustentáis?
Poned freno al pensamiento;
volvéos á vuestra casa;
curad vuestra hacienda escasa
ó pingüe, y papando viento,

tras ilusorios gigantes,
no andéis por esos caminos,
pues son rancios desatinos
los caballeros andantes.

D. QUIJ. (Poniéndose de pié, convulso, temblón y trastornado.)
¡De vuestra sin razón no me doy cuenta!
¿No hay más, señores, sino á troche y [moche
llamar á un hombre mentecato y tonto?
A mi brazo respetos hoy le imponen
el lugar y esos hábitos sagrados.
¡De la Triste figura y los Leones
el caballero soy, cuyas empresas
atónito han dejado á todo el orbe!
Yo gigantes maté; vestiglos hice
que huyeran ante mí en pelotones;
burladores, endriagos y hechiceros,
rendirse ví, ante el esfuerzo noble
de mi brazo sin par en las hazañas
contra los malandrines y follones.
¡Sí! caballero soy: y he de morirme
caballero sin tacha. ¡Dios me oye!
Enderezar entuertos es mi guía,
enderezo hacia el bien mis intenciones.
El que eso entiende y obra de ese modo,
¿merece que por bobo se le tome?
¡Vuestras grandezas digan si esto es justo!
¡Digan vuestras grandezas si esto es noble!

SANCHO. ¡Mi amo, yo más no diría!
¿Y qué se puede esperar
de quien se atreve á negar
la andante caballería?

ECLES. ¿Quedáis con la razón ancho?
Vos debéis ser aquel zote
á quien diz que Don Quijote
lleva de escudero.

SANCHO. ¡Sancho!

ECLES. ¿El de la ínsula soñada?

D. QUIJ. ¡El de la ínsula ofrecida!

DUQUE. El de la ínsula cumplida;
¡se la tengo preparada!

D. Quij. Hinca presto tus rodillas,
y al Duque las plantas besa,
porque gran merced es esa
y al postrarte no te humillas.
(Sancho se postra.)
Ecles. Quédense, vuesas mercedes
con esos locos de atar;
yo en mi casa me he de estar
entre tanto. (Sale.)
Sancho. Sal si puedes,
clérigo, que de esta andanza,
por la gracia del Señor,
cátase gobernador
el bueno de Sancho Panza.

ESCENA VI

DON QUIJOTE, SANCHO, EL DUQUE y LA DUQUESA

Duque. Dignas fueron sus razones.
D. Quij. Dignas del oficio mío.
Duq. ¡Y qué pujanza! ¡Y qué bríos!
Sancho. (¡Qué gobierno! ¡Y qué jamones!)

ESCENA VII

DON QUIJOTE, SANCHO, EL DUQUE, LA DUQUESA, EMERENCIA, ALTISIDORA y PAJE; los tres últimos con jofaina, fuente, toalla y jabón.

Altis. (Colocando la jofaina bajo la barba de Don Quijote.)
¡Prez de la caballería,
lavar tu rostro quisiera!...
(Al oído.) (Este rostro que debiera
ser mi mayor alegría...)
Emer. Deja que limpie el jabón
esa corteza campestre,
pues la profesión ecuestre
le ha curtido, y es razón

que recobre su tersura
á la sombra del palacio,
que tiempo queda y espacio
de tornarle á su negrura.
(Le ha llenado la cara de jabón. Los Duques contienen la risa. Sancho observa atónito.)
¡El agua acabóse! ¡Hay tal!
¡Paje, trae más, y de priesa!
(Sale el Paje con el jarro.)
¡Es preciso que la vuesa
merced espere! (Á don Quijote.)

SANCHO. (¡Qué mal
la cirimonia ha salido!)

DUQ. ¿Qué es lo que Sancho decía?

SANCHO. Señora, que la legía
en las barbas, no he oído
que en otros palacios se use.
Agua en las manos, corriente;
en el rostro, es diferente...
y alguien habrá que se excuse.
El que vive larga vida,
mucho mal ha de pasar...
y, en fin, por mucho lavar...
no habrá gran cosa perdida.
(Vuelve el Paje, aclara Emerencia la cara de don Quijote.)

DUQ. Sancho amigo, no haya pena,
que le echarán en colada,
y así quedará lavada
su persona, limpia y buena.
¡Maestresala, de comer
den á Sancho!

SANCHO. ¡Buen acuerdo!
Yo que por comer me pierdo,
¡cómo me voy á poner!

COCIN. Tengo fresca la ensalada
y unas acelgas de ayuno,
que no ha comido ninguno
cosa mejor preparada.
La lechuga está esperando,
las acelgas en sazón...

SANCHO. Y creo que un mojicón

es lo que tú andas buscando.

DUQ. Cuando de servirle acaben
una comida abundante...
como á un escudero andante
esas doncellas le laven.

(El Paje y Sancho salen haciendo una reverencia.)

ESCENA VIII

DON QUIJOTE, EL DUQUE y LA DUQUESA

DUQUE. Ahora que solos estamos,
complacer á la Duquesa
es razón. Sin importunos
hablemos de Dulcinea.

DUQ. Entiendo que debe ser
la criatura más bella,
según la fama pregona,
que en la Mancha se pasea.

D. QUIJ. Si yo pudiera poner
mi corazón en la mesa
sobre un plato y que le vieran
los ojos de su grandeza,
quitara el mayor trabajo
á esta mi cuitada lengua,
y la viera retratada
como ella es, ¡vuestra excelencia!
Parrasio, Apeles, Lisipo
trazarían su belleza,
yo, no puedo; mis acentos
son inferiores á ella.

DUQUE. Sólo un bosquejo; no más.

D. QUIJ. Con gran contento lo hiciera,
pero la magia ha borrado
la imagen de Dulcinea.
En días pasados fuíme
á pedirle su licencia
para emprender, cortesmente,
esta salida tercera,
y halléla trocada en zafia;
á la que es hermosa, en fea,

en pestífera á la que es
de los perfumes la esencia;
en rústica brincadora
á la apacible princesa;
por último, á la que es luz
trocada la hallé en tinieblas.

DUQUE. (Exagerando su indignación.)
¡Válame Dios! ¿Y quién hizo
al mundo tan grave ofensa?
¿Quién ha oscurecido de él
la más preciada belleza?

D. QUIJ. Un maligno encantador,
de esa maligna ralea,
que en sus malignos deseos
me aniquila y atormenta.

DUQ. Pero... según esa historia
que, de don Quijote, impresa
acaba de ver la luz,
asegura con certeza
el autor, que no ha existido
ni existe tal Dulcinea,
y que sólo don Quijote
se la forjó en su cabeza,
para hacer á su placer,
una fantasía de ella.

D. QUIJ. Ni yo engendré á la tal dama,
ni es razón que eso se crea;
y Dios sabe si en el mundo
hay ó no tal Dulcinea.
Es honesta y amorosa,
como es grave, sin soberbia,
agradecida y cortés
y por su linaje, excelsa.

DUQUE. Pero si vuestra bondad
me concede su licencia,
le diré que en esa historia
se pone en duda que sea
como Oriana y Madasima
una encumbrada realeza.

D. QUIJ. Ella tiene en sus cuarteles
cuanto necesario sea
para merecer sin gracia,

hasta el cetro de una reina.

DUQ. Un escrúpulo pequeño,
señor don Quijote, deja
esa historia contra Sancho.
¿Por qué dice que la encuentra
ahechando trigo rubión
y con un costal, empresa
que no cuadra á su linaje
ni dice bien á su alteza?

D. QUIJ. ¡Esa es cosa de los hados!
La caballería andantesca,
tiene en los encantamentos
inescrutables problemas,
que ni el vulgo los comprende
ni las personas de letras,
ni entendimientos cumplidos,
como son vuestras altezas.

(Gran ruído de voces y carcajadas por dentro del escenario.)

ESCENA IX

DICHOS, SANCHO, PAJE, ALTISIDORA, EMERENCIA, etc.

Sancho trae, á modo de babero, un lienzo gordo que haya servido para colar legía; el Paje un artesoncillo con agua sucia; persiguiéndole, Altisidora, Emerencia y acompañamiento de cocineros, queriéndole lavar la cara.

ALTIS. ¡Espere!

SANCHO. ¡No quiero!

EMER. La usanza lo pide.

SANCHO. ¡Dije que no! ¡Vaya!
¡Que no ya les dije!

DUQUE. ¿Qué pasa?

DUQ. ¿Qué ocurre?

D. QUIJ. ¿Qué queréis? decidme.

EMER. Lavarle sus barbas;
la cara lucirle;
quitarle queremos

la no escasa pringue
que dedos, y labios
y barba reciben
después de comida
más propia de buitre
que de hombre á la usanza
que entre gentes vive.

COCIN. Limpiarle queremos;
queremos servirle.
Igual que á su amo
y al Duque.

SANCHO. Decidme:
¿y por qué las aguas,
como los mandiles,
no son ellas limpias
y ellos menos ruines,
y en vez de legía
oscura de tinte,
no me dan jabones
que mis barbas limpien?
¡Pues que de mi amo
hasta mí se mide
tan grande distancia,
que el uso permite
que agua perfumada
al uno se aplique,
y con agua sucia
al otro se humille!
¡Que nadie me toque
y nadie se arrime,
pues si una puñada
en los cascos firme
le doy, de seguro
que no ha de reirse!
¡Esas *cirimonias*
son burlas ruines,
que yo no consiento
ni á nobles ni á viles!

DUQUE. ¡Dejadle, atrevidos!
¡Huíd, malandrines!

DUQ. ¿Sabéis que un gobierno
le espera? Servidle

con todo respeto,
cuidado y perfiles.

D. Quij. (Haciendo una reverencia á los Duques.)
Huya de aquí la mercenaria gente
y dejen sus mercedes al mancebo,
y con la venia, digo, de los Duques,
ya se pueden marchar como vinieron.
Pues malandrines sois, cosa es sabida;
odiáis á los preclaros escuderos;
aguamaniles de oro puro vengan
para lavarle á él, no un cernadero.
(Quitan los paños á Sancho y se retiran todos silenciosos y avergonzados. Cuando quedan solos los Duques, don Quijote y Sancho, éste se arrodilla ante la Duquesa. Telón.)

CUADRO SEGUNDO

En el jardín de los Duques. A la derecha del espectador, el pabellón en que duerme don Quijote, con ventana practicable.

ESCENA PRIMERA

DON QUIJOTE y SANCHO

Sancho ¡Cuidado con la aventura!
D. Quij. Será de las más famosas
que se contarán al mundo
por mi verídica historia.
Sancho. ¡Válame Dios, quién diría
que es verdad que mi señora
Dulcinea del Toboso
está encantada!...

D. Quij. ¡Las obras
de mis enemigos son
como ésta!
Sancho. ¡Noche espantosa!
D. Quij. Luces alumbrando el bosque,
tornadizas, misteriosas;
cuernos, bocinas, clarines
y trompetas con voz ronca,
anunciando la venida
de la maléfica tropa.
Primero, enlutado carro;
cuatro bueyes con antorchas
encendidas en los cuernos
tiran de la gran carroza,
que marcha lenta, pausada,
y perezosa remolca
del gran sabio Lirgandeo
la venerable persona.
Sancho. Aún siento frío en la sangre
recordándolo.
D. Quij. Ya asoma
otro carro con Alquife,
el que de Urganda famosa
fué gran amigo.
Sancho. ¡Otro viejo!
D. Quij. Tercer carro.—La memoria
no me es infiel—Arcalaus
venía en su plataforma.
Se apaga el ruído infernal
de tantas ruedas chillonas,
y al hacer alto los carros
suena música harmoniosa.
Sancho. ¡Entonces abrí los ojos!...
¡Entonces cerré la boca!...
D. Quij. ¡Carro triunfal! á éste doce
disciplinantes adornan.
Sobre su trono, la ninfa,
vestida de argénteas hojas,
y con mil velos de plata
encubierta la persona.
Junto á ella, con velos negros
y con funerarias ropas,

una figura sombría
y lúgubre y tenebrosa
¡la Muerte!

SANCHO. (Santiguándose.) ¡Dios poderoso,
de mí su recuerdo borra!

D. QUIJ. Y dice la horrible Muerte,
con voz que á todos asombra:
«*Yo soy Merlín, aquel que las historias*
»*dicen que tuve por mi padre al diablo.*»

SANCHO. No sigáis más, mi señor,
porque recuerdo que agora
viene el que yo vapuleé
estas carnes pecadoras.

D. QUIJ. ¿No he de seguir? ¡vive Dios!
si eso es lo que más importa:
«*Es menester que Sancho, tu escudero,*
»*se dé tres mil azotes y trescientos,*
(Sancho hace ademanes como si ya le dolieran.)
»*en ambas sus valientes posaderas,*
«*al aire descubiertas y de modo*
»*que le escuezan, le amarguen y le enfaden.*»

SANCHO. ¡Válame Dios de los cielos!
¿qué tendrán que ver mis posas
con el encanto maldito
de tan ilustre señora?
Váyase la vuestra dama
con el encanto á la fosa,
trocada en rufiana pobre,
cebolluda labradora,
y deje á mi cuerpo en paz
y á mi alma sin zozobras!

D. QUIJ. Tomaros he yo, villano
harto de ajos y bazofia,
si á desencantar mi dama
no prestáis vuestra persona.
Si no tomáis los tres mil
y trescientos que pregonan
las palabras de Merlín...
atado con una soga,
á un árbol, os daré yo
hasta seis mil los que sobran

SANCHO. Dijo Merlin, mi señor,

que habían de ser por obra
voluntaria recibidos,
y por mi propia persona
dados los tres mil azotes...

D. Quij. ¡Basta, villano! Me asombra
que por esa pequeñéz
haya discursos...

Sancho. No es poca
pequeñéz tres mil azotes...

D. Quij. Y seiscientos.

Sancho. ¡Sí, la cola!...

D Quij. ¿Y Dulcinea?

Sancho. ¿Y Sancho?

D. Quij. ¡Socarrón! ¡Calla la boca!
¿Valdrán más esas carnazas
que la libertad hermosa
de la que es más apreciada
que las perlas de Golconda? (Pausa.)
Hablemos ya de otro asunto.
Vas á un gobierno y es cosa
muy seria. Quisiera darte
consejos, Sancho, que importan.
Has de ser moral y honrado;
ten la religión por norma,
y la justicia al favor
es preciso que antepongas.
Trata mejor al humilde
que al grande; siempre razona
con la mesura tus actos,
practicando buenas obras.
Ahora te voy á decir
algo para tu persona.
Es preciso que *las* uñas
procures usarlas cortas,
no andes desceñido y flojo;
del ajo y de la cebolla
procura abstenerte siempre,
porque huele mal la boca;
come poco, cena menos;
en las bebidas afloja
la cantidad, pues ofuscan
y perturban la memoria.

No masques á dos carrillos,
y ten cuenta de otras cosas
que ya puedes comprender...
á qué sentidos estorban...
Y no enjaretes refranes,
porque parece tu boca
un caño cuando se suelta,
ó un dique que se desborda.

SANCHO. Así lo haré, si es que Dios
esa comezón me acorta,
procurando, si los digo,
que vengan como la horca,
á medida del ahorcado.
Y eso es fácil, porque sobran,
y es claro *que en casa llena*
pronto se guisa la cena.
y porque *el dar y el tener*
siempre *seso há menester.*
Más vale al que Dios ayuda
que aquel *que mucho madruga,*
y en el *comer y el rascar,*
mi amo, *todo es empezar.*

D. QUIJ. ¡Calla, imbécil! No te olvides
de todo lo dicho. Y ahora,
vóime á pensar á mi cuarto,
sobre otras cosas que importan. (Pausa.)
Oye, antes de partir
al gobierno, fuera cosa
conveniente y acertada
que dieras á tu persona
dos docenas... de... (Ademán de azotes.)

SANCHO. ¡Comprendo!

D. QUIJ. ¿Cuántos llevas?

SANCHO. Cinco.

D. QUIJ. ¡Poca
es la cifra! Date algunos.

SANCHO. Pero, señor, ¡si no es hora!
porque para la partida
ya la comitiva toda
me espera.

D. QUIJ. ¡Adiós, Sancho! Adiós.

SANCHO. ¡Adiós, mi amo! ¡Rebosan

las lágrimas de mis ojos!...

D. QUIJ. ¡No llores! Dios te conforta.
Vé á la ínsula, y gobierna
ad majorem Dei gloriam.
(Sale: don Quijote con dirección á su pabellón; Sancho, por el lado opuesto.)

ESCENA II

ALTISIDORA y EMERENCIA

Vienen andando en puntillas, temerosas de hacer ruído; Altisidora trae un laúd en la mano.

EMER. Allí descansa el galán
amante de Dulcinea.

ALTIS. ¿Es aquella la ventana
de su aposento?

EMER. Aquella.
Ahora debe estar pensando
que Sancho no se da priesa
á curarse la badana
para librar á su bella
del encanto misterioso
que la disfraza.

ALTIS. Las velas
ha matado, que no hay luz. (Se sientan.)

EMER. Mejor está en las tinieblas;
así todo el pensamiento
concentrará en su princesa.

ALTIS. ¿Habrá visto al desnudarse
un punto que hay en sus medias
igual que el ojo de un puente?

EMER. Permita Dios no le vea.

ALTIS. No tendremos que zurcirle;
se las regalarán nuevas
los duques.

EMER. ¡Cómo estará
el galán de los cincuenta
pensativo y pesaroso,
llorando de amor la ausencia!...
¡El de las carnes enjutas,

el de las mejillas sec[illegible]
el de los bigotes lac[illegible]s
que cenicientos le cuelgan,
más tristes que sus amores,
como dos hojas de acelga!...

ALTIS. Con los ojos entornados...

EMER. Pensando en su Dulcinea...

ALTIS. Y mirando con dolor
de vez en cuando á las medias.

EMER. O contando los azotes
que el otro tonto se pega...

ALTIS. Creyendo en el encantorio...

EMER. Y en la ingeniosa manera
de terminarlo.

ALTIS. Que guarda
proporción con la belleza
de la dama ..

EMER. ¡A juzgar
por el sitio que golpea!...

ALTIS. ¡Ay, qué necios!

EMER. ¡Ay, qué ruines!

ALTIS. ¡Qué infelices!

EMER. ¡Qué [illegible]!

ALTIS. Me parece que se ha abierto
la ventana de la reja.

EMER. Pues suéltale la canción,
Altisidora. ¿Qué esperas?
Dales tono melancólico
á tus sentidas endechas.

(Don Quijote, con gorro blanco de dormir, escucha. Altisidora y Emerencia fingen no verle.)

ALTIS. No me porfíes que cante,
pues sólo brotarán quejas
de mis labios, desque vino
al castillo el nuevo Eneas,
que mi corazón llevóse
y que mi vida atormenta.

D. Q. [illegible]so debe ser por mí!
¿[illegible]rá doncella ó princesa?)

EMER. Canta, que despierto está,
pues sentí ruído en su reja...

ALTIS. ¿Y si me juzga liviana?...

EMER. El mucho amor te avergüenza. (Preludio.)
ALTIS. (Cantando.) *Caballero, el más valiente*
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia.
Oye a una triste doncella
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
ó en las montañas de Jaca.

ESCENA III

DON QUIJOTE

¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué ha de ser tan desdichada
la sin par mi señora Dulcinea,
que no he de dar un paso por el mundo
sin que su amor me cante una doncella?
¿Por qué no la dejáis que saboree
de su galán la sin igual firmeza?
¿Por qué la perseguís, emperatrices?
¿Por qué la disputáis, sanas doncellas,
la suerte de un amor acrisolado
que mi pudor consagra sólo á ella?
Para ella soy la miel. Para vosotras,
acíbar he de ser; pues la discreta
no mereciera, fiel al caballero,
si á todas las demás no hallara feas.
De ella he de ser cocido, y aun asado,
y crudo, como estoy tras esta reja.
¡Dejadme que la adore entristecido
de oir vuestras melódicas endechas!
(Cierra de golpe la ventana.)

ESCENA IV

ALTISIDORA y EMERENCIA

EMER. (Imitando á don Quijote.)
¡Dejadme que la adore, entristecido
de oir vuestras melódicas endechas!
ALTIS. ¡Qué gracia, Dios mío!
EMER. ¡Dios mío, qué gracia!
ALTIS. Nos cerró de golpe
seco la ventana.
EMER. ¡Creyóse que muere
de amores tu alma!
ALTIS. ¡Qué nécio!
EMER. ¡Qué loco!
ALTIS. ¡Qué vano!
EMER. ¡Qué facha!
ALTIS. Ahora, desvelado
estará en su cama,
hasta que le alumbre
el claror del alba.
EMER. Llorando las medias.
ALTIS. Pensando en su dama.
EMER. Contando las horas
cuitadas que faltan
para el desencanto,
que el otro retrasa,
porque los azotes
le escuecen y amargan.
ALTIS. ¡Que pene!
EMER. ¡Que llore!
ALTIS. ¡Qué vano!
EMER. ¡Qué facha!
ALTIS. ¡La Dueña, Dios mío! (Viéndola.)
EMER. ¡Ya más no faltaba!
ALTIS. ¡Perdidas estamos!
EMER. ¡El cielo nos valga!

ESCENA V

DICHAS y DUEÑA

DUEÑA. ¿Qué hacen las doncellas?
¿Qué hacen las livianas,
en estos lugares
y en tales andanzas?
EMER. El fresco tomamos.
ALTIS. ¡La luna nos baña!
DUEÑA. ¿Y el laúd?
ALTIS. ¡Tañía!
DUEÑA. ¿Junto á esa ventana?
ALTIS. ¡Quisimos!
DUEÑA. ¡Silencio!
EMER. Pensamos...
DUEÑA. ¡Malhaya
las niñas que rondan,
las niñas que cantan!
EMER. La noche convida...
DUEÑA. A estar en la cama...
ALTIS. ¡La Dueña es severa!
DUEÑA. ¡Silencio, ya basta!
EMER. ¡La bruja!
ALTIS. ¡La fea!
DUEÑA. ¡Las necias!
EMER. ¡La santa!
DUEÑA. ¡En marcha!
ALTIS. ¡Callemos!
DUEÑA. ¡He dicho que en marcha!
EMER. ¡Gruñona!
ALTIS. ¡Cien años!
EMER. ¡Castigo!
ALTIS. ¡Tarasca!

(La Dueña las saca de escena á empujones. Telón.)

CUADRO TERCERO

La misma decoración del cuadro primero.

ESCENA PRIMERA

LA DUQUESA, LA DAMA, DUEÑA y PAJE

DUEÑA. ¡Me parece muy difícil!
DUQ. A mí también.
DAMA. ¡Pues es cierto!
DUQ. Porque su merced lo dice,
por eso no más, lo creo.
DUEÑA. Teniendo como tendría
buena mesa en el gobierno...
¡dejar Sancho la pitanza...!
Imposible. ¡*Vade retro*!
DAMA. Sirva de testigo el Paje.
Venga y hable.
PAJE. Hablo y vengo.
DAMA. Si alguna vez me equivoco
levantará el Paje un dedo;
y si soy fiel al relato,
indíquelo con un gesto.
Por el campo, don Quijote,
de mañana, caballero
iba sobre Rocinante,
á hacer ensayo del duelo
que proyecta, según dicen,
con el fementido yerno (Dedo)
de la señora Grijalba...
DUEÑA. ¡El Paje levanta el dedo!
DUQ. ¿Por qué hace la seña el Paje?
PAJE. ¡Porque no sé nada de eso...!
DAMA. Su testimonio he pedido
no más que para los hechos.

En una de sus carreras
de una cueva al agujero
acercóse Rocinante,
y oyéronse voces dentro
de aquel antro misterioso
como dolcridos ecos
que hicieron á don Quijote
pararse á escuchar atento.
(El Paje hace señas afirmativas.)
La voz era la de Sancho:
don Quijote, novelero
en todas las ocasiones,
creyóle á Sancho ya muerto
y que era un ánima en pena
que hablaba desde el infierno.
(El Paje hace señas de asentimiento.)
Sancho, decía: «¡Yo soy!
»¡Soy Sancho! ¡Soy su escudero!
»¡Que salí desgobernado
»de aquel maldito gobierno!
»Así debieran salir,
»como yo, mis compañeros,
»descoloridos, con hambre,
»sin blanca, y con el deseo
»de no volver en su vida
»á tan elevados puestos.»
(El Paje hace señas nuevamente.)

DUQ. ¡Es el lance original
y extraño!

DAMA. ¡Sigo mi cuento!
«Aquí estoy con mi pollino,
»más leal que un caballero,
»que á su merced de seguro,
»afirmará que no miento.
»Sáquenos, amo y señor,
»de esta sima, en que el infierno
»por los pecados del rucio
»y míos quiso meternos.»
(El Paje sigue afirmando.)
Y al poco rato, ayudados
por don Quijote y los siervos
que fueron de este castillo,

con mil trabajos salieron
de aquella sima profunda,
primeramente el jumento
—quizás por categoría—
y después el escudero.

PAJE. ¡Dijo la dama verdad,
en la relación del hecho!

DUQ. Por el regreso de Sancho
impaciente estoy.

DAMA. ¡Pues creo
que ya vienen!

DUQ. ¡Ojalá!

DAMA. ¡Ellos son! (Mutis con el Paje y Dueña.)

DUQ. ¡Cuánto me alegro!

ESCENA II

DON QUIJOTE, SANCHO, EL DUQUE y LA DUQUESA

SANCHO. (De rodillas ante los Duques.)
Porque plugo á sus grandezas
(Don Quijote armado.)
—sin ningún merecimiento,—
de la ínsula Barataria
me otorgaron el gobierno.
Desnudo en la ínsula entré
y desnudo de ella vengo,
por lo que en esta partida,
por hoy, ni gano ni pierdo.
¡Allí dudas disipé;
allí he sentenciado pleitos,
y en diez días, he comido
menos que come un jilguero,
gracias á un doctor llamado
el señor don Pedro Recio,
en Tirteafuera nacido,
que por aguzarme el seso,
me ha tenido con más hambre
que justicias Dios ha hecho!
Dicen que unos enemigos
pusieron en grave aprieto

aquel vuestro territorio,
y que mi brazo venciendo
al invasor, la victoria
les diera. ¡Yo no lo creo!
Y tal salud les dé Dios
como esto debe ser cierto.
Allí las calles y casas
con sus tejados les dejo
como estaban; no he pedido
á nadie ningún dinero,
solo salí con mi rucio,
solo con mi rucio vengo
á poner á vuestros piés
de aquella insula el gobierno.

DUQUE. ¡Cálmese el bueno de Sancho!

D. QUIJ. Hablaste, gracias al cielo,
sin decir majaderias,
con mesura y con acierto.

DUQ. El que merece castigo
es el doctor Pedro Recio.

SANCHO. Lo merece, sí señora.

DUQUE. ¿Pero cómo ha sido eso?

D. QUIJ. Abusarías, quizás,
de manjares suculentos,
y á tanta gula el doctor
querría poner remedio.

DUQ. Refiéreme, Sancho amigo,
ese episodio.

SANCHO. ¡Concedo!
Pero nada más, señora,
que es mucha la hambre que tengo.
En una sala lujosa
una mesa se cubría
de blanca mantelería,
y en ella fruta sabrosa
y aves y vinos había.
Sentéme á la cabecera,
y, á mi lado, un personaje
se puso de pié, que era,
según me dijo mi Paje,
don Pedro el de Tirteafuera.
Aquel doctor inhumano,

cuyo recuerdo me irrita,
tenía en la diestra mano
una pequeña varita,
que era el cetro de un tirano.
Fruta diéronme á comer;
y apenas la hube gustado,
un golpecito pausado
la hizo desaparecer
sin probar más que un bocado.
Vino el Paje á presentar
un plato ¡que á gloria olía!
¡y cuando le iba á gusta !...
la varita seña hacía...
y llevábanse el manjar.
Miré asombrado al doctor!
y me dijo: «¡Vuestra vida,
»vida es de gobernador,
»preciosa, y esá comida
»no es la más sana, señor!
»Aquí estoy asalariado
»por cuidaros diligente;
»la fruta que han retirado
»es fría, y esto caliente...
»¡El peligro está probado!»
¿Y esas perdices asadas?...
—le dije con tono huraño.—
¡Si en la vista no me engaño,
parecen bien sazonadas!...
Decid, doctor: ¿me harán daño?
Y contestó el malandrín,
que en mi dolor se gozaba,
una sentencia sin fin
de un sabio que aconsejaba
no comerlas... ¡en latín!
(Al Duque.) Señor, para terminar:
ví conejos; ví ternera;
olla podrida probar
quise; y su respuesta era:
¡*Absit*! ¡No la ha de catar!
Y con acento sencillo
y rebuscadas razones,
añadió: «Suplicaciones

»coma y carne de membrillo
»que no dan indigestiones.»
Y entonces montando en ira,
«Don Pedro — de mal agüero
»le dije, — ó usted se retira,
»¡ó por el Dios que nos mira
»no dejo un médico entero! (A don Quijote.)
Ya verá, pues, mi señor,
que manjares suculentos
no probé mientras gocé
ese dichoso gobierno.
Si como estuve diez días
estoy allí un mes entero...
quedan del gobernador
únicamente los huesos.

DUQUE. ¡Corriente! ¡Yo sé qué hacer
con el señor Pedro Recio!

DUQ. Un buen castigo merece.

D. QUIJ. ¡Así es!

SANCHO. ¡Mucho me alegro!

ESCENA III

DICHOS, ALTISIDORA, EMERENCIA, DUEÑA DAMA y PAJE

DUEÑA. (A don Quijote.)
Ya sabéis la sin razón
que de un labrador el hijo,
á una doncella, hija mía,
alevosamente fizo....

D. QUIJ. ¡Lo sé, Dueña! Y el entuerto,
desfacer he prometido.

DUEÑA. Pues en la plaza el cadalso
está, señor, prevenido,
y calada la visera,
os espera el enemigo

D. QUIJ. ¡Vamos, y mídase el sol. (A Sancho.)
¿Está Rocinante listo?

DUQUE. Ya se han curado mis gentes,
señor, de tales servicios.

EMER. ¡Al duelo!
PAJE. ¡Al duelo!
ALT. ¡Al encuentro!
DAMA. ¡Al combate nunca visto!
DUQUE. ¡Otra victoria al valiente!
DUQ. ¡Otro laurel al invicto!

(Todos se dirigen hacia la puerta, abriendo paso á don Quijote que, al oir la palabra laurel, detiene á todos con el ademán y se dirige al público.)

D. QUIJ. ¿Laurel?... ¡Para mí, no! ¡Para Cervantes!
Para el genio de rica fantasía
que pintar supo la locura mía
convirtiendo molinos en gigantes.
¡Para él, que destruyó de los andantes
caballeros la fama que corría
en libros en que, si hubo poesía,
deléite sólo fueron de ignorantes!
Laurel para Saavedra merecido,
que España entera le ciñó gustosa,
habéisme, justicieros, concedido...
Pero debo pediros otra cosa...
Perdón para el autor que ha traducido
en malos versos tan castiza prosa...
(Telón.)

FIN

23 Abril 1892.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.